

de una vida tan azarosa, de tanto viaje y peripecia, fuese á morir al país de su nacimiento, en los brazos de su nodriza y á pocos pasos del lugar en que vió su primera luz.

La ciudad estaba declarada en estado de sitio y había la actividad consiguiente para depósitos, reservas de provisiones, forrajes, combustibles, etc.

Una reunión de señoras de la más alta distinción, ofrecieron sus servicios para los hospitales de sangre, y como donde van ellas van ellos, las reuniones exigían una excitación que se desfogaba en sonrisas ó miradas tiernas ó en celos y tempestades, que por fortuna no dejan rastro, cuando se saben ajustar con habilidad unos buenos tratados de paz.

En una casuquita del callejón de la Olla, pliegue, encarrujo, mueca ó divieso de la Alcaicería, se apiñaron como moscas á pilones de azúcar, literatos bélicos, adalides de pluma que tienen la crónica escandalosa en la punta de los dedos, que se hacen los confidentes de los próceres, fingen recados, conquistan policías, dan comisiones á viejas patriotas mal averiguadas y zurcen un párrafo incendiario en la punta de una aguja de Cambray.

Entre estos patriotas, en primer término debo poner á Domingo Revilla, minero rico, pasante aprovechado de jurisprudencia, que emplazaba su examen por imponerse de marchas y maniobras de los cuerpos de ejército, hacerse amigo de los jefes y hacerse *amateur* de la vida de cuartel y campamento.

Juan N. Navarro, estudiante de medicina, de talento privilegiado, con una cara casi de bajo relieve de templo egipcio; Ramón I. Alcaraz, estudiante de medicina también, apasionadísimo al estudio de Santos Padres, poeta sentimental y correctísimo, de pasiones profundísimas y muchas veces caprichosas, que abandonó la carrera porque calculó de impotente la llamada ciencia, para curar á una joven á quien amaba tiernamente.

Ramírez era el ahuzote de Alcaraz; un día le saludó de lejos, diciéndole, adiós compañero de desgracia.

—¿De qué desgracia habla Ud.?

—Qué mayor desgracia, que la que seamos los dos tan feos.

Alcaraz se molestaba, por ser de suyo encogido y huraño.

En la casuca mencionada, los chicos ya nombrados, Banuet, Iturbide, Payno, J. J. Baz, Eulalio M. Ortega y no recuerdo cuántos más, forjaban folletos diabólicos escritos con hiel de víboras y con ácido prúsico contra Santa-Anna y los suyos, dándolos por un bleo á los papeleros que recorrían las calles enfurecidos gritando:

Los crímenes de Santa-Anna pidiendo están su cabeza.

Santa-Anna fué siempre malo, desde el vientre de su madre.

Santa-Anna ante los veteranos de la Independencia, y otros libelos que habrían hecho la reputación del propio Satanás, habiendo algunos notables por los talentos innegables de personas que escribían. La grita,

el barullo, los comeltones y disputas de escritores, papeleros y secuaces del escándalo, no son para contados.

Del corazón de esa falanje de plumas salió Domingo Revilla, por su cuenta y riesgo á verse con el Gral. Inda, heroico defensor de Puebla, contra las fuerzas de Santa-Anna que ocupaban el Cerro de San Juan.

Ya hemos dicho que Revilla era hombre vigoroso y resuelto, jinete diestrisimo y *amateur* del combate y los peligros.

Domingo era la adoración de sus amigos, su dinero estaba en la palma de su mano para socorro de los desgraciados... Violento y nervioso, cualquier cosa le sulfuraba, pero volvía en sí inmediatamente, y entonces raudales de bondades borraban las ligeras huellas de sus impaciencias.

Al llegar á las inmediaciones de Puebla, Revilla fué denunciado á Santa-Anna, y sin proceso ni causa, ni prueba alguna de culpabilidad, mandó que se le diesen doscientos azotes, suplicio que se verificó y sufrió nuestro amigo con entereza dignísima, guardando silencio sobre este suceso, y no profiriendo contra Santa-Anna una sola queja.

Otro acontecimiento que conmovió profundamente los ánimos, fué el de la prisión y conducción á Palacio y las Cámaras, á D. Antonio Haro y Tamariz, quien acababa de fungir como Ministro de Hacienda.

Llevaba al Gobierno de México, en compañía del General D. José María González de Mendoza, proposicio-

nes de paz de Santa-Anna. Resguardado por un salvo-conducto del Sr. Gral. Bravo, General en Jefe de las fuerzas que perseguían á Santa-Anna.

Era D. Antonio Haro un hombrecito como de filigrana, pequeño de cuerpo y esmeradamente vestido. Modales adamados, voz melíflua, y á primera vista un tipo de esos que lucen en una Canta Misa ó dirigen con acierto unos lanceros.

Educado con los jesuítas, y en la sociedad monástica de Puebla, era ceremonioso y pulcro; pero cuando daba suelta á sus pasiones políticas, era valiente hasta la temeridad, tenaz hasta lograr sus fines, y astuto como un hijo predilecto de Loyola.

En la Garita de San Lázaro fué aprehendido Haro; la noticia corrió como tizón arrastrado sobre un reguero de pólvora, y en instantes se alzó la gritería. Se incendió el tumulto, y sobre la triple muralla que formaban á Haro policías y soldados de infantería y caballería, se azotaban las olas del pueblo enfurecido, arrojando piedras y pidiendo á gritos la cabeza del audaz ministro de Santa-Anna. Aquel inmenso gentío se dirigió á Palacio, penetró en la Cámara, y Haro se refugió bajo el dosel. El pueblo rugía enfurecido. Se discutía lo que debía hacerse con Haro, vistas sus circunstancias excepcionales... La inquietud, el rugir sordo del enano parecían dominarlo todo: de pronto se escuchó una voz... ¡Silencio! ¡Silencio!

Como si aquella voz hubiera sido un soplo poderoso que hubiese apagado una tea, así se extinguió el

vocerío ... Volvimos la cara. Pedraza estaba en pie, erguido como de mayor talla.... habló....

Recuerdo que decía, ese hombre es un villano, trae el corretaje de la afrenta de su suelo natal, de aquel suelo en que se meció sucuna y en que reposan las cenizas de sus padres... La tierra nativa es la madre que nos nutre y nos mima... es el huerto en que... se abre en la mañana de la vida la flor de nuestros primeros amores y... así escarnecerla, así humillarla, así arrastrarla como á vil ramera.... Ese hombre es un monstruo, en nombre de los sentimientos más honrados del hombre, en nombre de la sociedad indignada, en nombre de mi patria tan grande y digna de respeto... Antonio Haro y Tamariz... yo te maldigo, yote maldigo... La emoción tenía como petrificado al auditorio.... el terror formaba como silencio de panteón....

Después de una pausa continuó: trae la palabra de nuestro representante, de nuestro general en Jefe que será respetada. ¿Establecemos una lucha de perfidias? ¿El grande, el honrado pueblo mexicano... descenderá al asesinato y la traición por un miserable?... eso no será, y Haro protegido por nuestra generosidad volverá á decir á su amo lo que vale este pueblo de que se constituyó verdugo.....

La impresión que esta escena produjo en Haro, le preocupaba constantemente. A mí me decía, con una voz pavorosa y de espanto....

«¿Qué le dió á D. Manuel por echarme aquella maldición, que hace la desgracia de mi vida?»

Antonio Haro y Tamariz, maldito seas.... ¡oh! no lo soporto....

Las muy acertadas providencias del Gabinete Cuevas, la inmaculada pureza de sus miembros en su conducta pública y privada, y lo espontáneo de la adhesión de los pueblos al programa del Gabinete, comunicaban alegría y bienestar á las clases todas de la sociedad.

Juan Navarro, Escalante y Alcaraz, compusieron un himno que se convirtió en fórmula del triunfo de la moral y de la ley.

El astro de la gloria,
Ya luce, mexicanos,
Cayeron los tiranos,
Triunfó la libertad.

No obstante los elementos felices de reorganización que mencionamos, la herencia de inmoralidad, de desorden y de hábito por los negocios pecuniarios, en que los agiotistas tenían comprometidas grandes sumas, hacían muy difíciles las circunstancias, agravándose éstas con los avances de los tejanos, la actitud de los Estados Unidos y las intrigas del general Paredes, representante apasionado del círculo monarquista, y en toda exageración servil, prohombre de los partidos clerical y militar.

El Sr. Herrera fué electo Presidente, y su Ministerio renunció para dejarle en libertad de nombrar un nuevo Gabinete.

El Sr. Herrera, por sus ligeros estudios, por haber tomado parte activísima en la Independencia y por

convicciones, era liberal; pero su modestia suma, su primera educación y el prestigio que tenían sobre él personas como Otero y Pedraza, lo sujetaban en el partido moderado, siguiendo dócilmente sus inspiraciones.

Consecuente con ellas, nombró el siguiente Ministerio:

Relaciones, Sr. Peña y Peña.

Justicia, Bernardo Couto.

Hacienda, Fernández del Castillo.

Guerra, General Pedro Anaya.

El Sr. D. Manuel de la Peña y Peña era considerado como una gloria del foro y como uno de esos monumentos que se transmiten de una á otra edad, con cierto prestigio y veneración.

El Sr. Peña y Peña, como algunos letrados de su tiempo, era abogado y sólo abogado, viendo si no con desdén, sí con frialdad, ramos de literatura que cultivaban con brillantez los hombres de su tiempo.

Corpulento, ancho de espaldas, severo de facciones, detenido y campanudo en el habla, ceremonioso y esmerado en sus maneras.

Sus relaciones eran con personas de alta posición y con dignidades de la Iglesia, porque era cristiano ejemplar, sembraba su conversación de latines y se pagaba del respeto con que le veían sus discípulos, entre los que se contaba el Sr. Riva Palacio. Las lecciones de práctica forense del Sr. Peña y Peña son vistas, aun hoy, como obra de un jurisconsulto de primer orden.

Pequeño de cuerpo, de modales compasados y gra-

ves, frente convexa llena de bondad é inteligencia, ojos encapotados pero penetrantes, cabello como púas, retraído, silencioso, con pasos afectadamente largos, D. Bernardo Couto, habría pasado por una persona vulgar si no se le hubiera escuchado en la tribuna.

En ella el Sr. Couto, apartándose de la escuela viciosa de los malos imitadores de Chateaubriand, de la frase rimbombante y de la metáfora de bomba que estaban en boga, era conciso, correcto, lógico, inflexible, verdaderamente elocuente.

Literato distinguido, conocedor como pocos de nuestra historia, jurisconsulto eminente, dado á conocer muy ventajosamente por el Dr. Mora como hombre de la más alta importancia, Couto no se envanecía, y en su trato era dulce y comedido.

Su intransigencia, y acaso cierto cambio en sus opiniones liberales, dependía de sus escrúpulos religiosos.

Acaso á esto contribuía su salud muy delicada: el Sr. Couto dormía de tres á cuatro horas sentado en su estudio, comía muy poco, y sus nervios se resentían de la más ligera emoción.

El Sr. Fernández del Castillo era un buen empleado de Hacienda, hecho y derecho de la estirpe legítima de Bandolon y Unzueta, de Canséco y Payno y Bustamante.

Alto, grueso, expedito, jovial, sumiso con sus jefes, mientras fué subalterno, benévolo con sus empleados cuando fué jefe.

Apegado á las leyes de Alas y á la Ordenanza de Intendentes, con la recopilación de Arrillaga en la punta de los dedos, y D. Pedro Muchada como autoridad, el Sr. Castillo llegó á Tesorero General, y ocupó el Ministerio de Hacienda con aplauso general, por su finura y probidad.

Fué como una aparición en el Ministerio de la Guerra la presentación del Sr. D. Pedro Anaya, según se decía, por influjo y recomendación especial del Sr. Gómez Pedraza.

El Sr. Anaya tuvo una carrera muy oscura, aunque muy joven sentó plaza de cadete. En 1821, en calidad de capitán, tomó parte por la Independencia, y hasta 1833 no se hizo visible.

Nombrado para la expedición de Guatemala, contra-jo amistad íntima con el Sr. Filisola, cuya fama reconocía como suya, recibiendo y dispensando toda clase . . . (sic.)

Pálido, tieso, malmodiento, huraño, con salidas bruscas y poco afecto á ceremonias y circunloquios, hubiera sido Anaya repelente, si no se percibiera en él á primera vista, el hombre que no sabía mentir, el hombre inmaculado en cuanto á manejo de intereses, y el hombre valiente y lleno de generosidad para sus enemigos, especialmente.

Este Ministerio sucumbió por el pronunciamiento de D. Mariano Salas, militar á la antigua, valiente y fanático, caserito y alegre en la paz y entre las damas, severo é inflexible en la guerra; tan útil para dis-

poner una diversión casera como para dar lustre á una toma de hábito y una Canta Misa.

Su casa era centro de escogida sociedad, y su señora, Pepita Cardaña, una matrona llena de virtudes que ejercía poderoso influjo sobre su esposo, á quien era muy superior en cuanto á inteligencia.

A Salas sucedió Paredes en el poder, á consecuencia de su conducta criminal de pronunciarse en la Hacienda de la Pila (San Luis Potosi) contra el Gobierno que había confiado á su honor aquella fuerza para defender la Independencia, combatiendo contra los tejanos.

Mientras esos cambios se verificaban, los importantes cambios que apenas indicamos, los partidos se agitaban con demasiada efervescencia.

Al lado del General Salas, y con visibles tendencias al restablecimiento de la federación, se encontraban Lafragua y Farías, el primero fino, moderado, colegialito aplicado de Puebla, familiar del Obispo, poeta correcto y frío, pródigo, y en todo minucioso y simétrico.

Vivía solo, dirigía la casa como una inteligentísima ama de gobierno. En su sala, en primer término, estaban su bonete y su beca. A sus libros los empastaba por colores y tamaños, como los caballos de un regimiento. Tachábasele de mezquino y se le concedían los honores de la inmortalidad á un paletó café que había crecido con él desde que estudiaba gramática.

Y no obstante de que no es posible asignar un primer puesto entre los personajes influyentes de la época, tuvo participación activa en los sucesos, por su

amistad íntima con Domingo Ibarra, Comonfort, Cardoso y el círculo en que dominaban Pedraza, Otero y Mariano Yáñez.

Con el Gral. Paredes se entronizaba resuelto en el poder el partido anti-independiente, el de las clases, el del trono y el altar, y se entronizaba resuelto á plantear el sistema monárquico con una organización que parecía indestructible.

Paredes, como casi todos los generales, era ignorantísimo; su admiración por el sistema español, profundo, y su odio á la canalla, invencible.

Pequeño de cuerpo, de roma nariz y ojos pequeños, pelo lacio, erguido y pretensioso, la figura de Paredes, bien aprovechada, podía servir para recaudar boletos á la puerta de un teatro, ú ordenar una procesión de desagravios. Pero su reputación de valiente era justamente adquirida y de su rectitud.

El Gral. Paredes, enlazado estrechamente con los Condes del Valle, con altísimas dignidades eclesiásticas y relacionado con casas nobilísimas de España, tenía motivos de profesar veneración profunda al señor Alamán, Padre Arrillaga, Padre Nájera, Castillo Lanzas, Bonilla, Jáuregui, Baldomero, Miranda y otros prohombres del partido conservador.

Por otra parte, la familia del Sr. Paredes era una familia ejemplar, en que lucían, á par de las virtudes, los usos más correctos y pulcros de la buena sociedad. La Sra. Doña Josefa Cortés de Paredes era distinguidísima matrona, pertenecía á una familia rica de Guada-

lajara, y tenía ese tono de franqueza que distingue á las familias aristocráticas de aquella parte de la República.

Pero á pesar de su reserva y de su educación esmerada, la señora era lo más intolerante, lo más apegado al clero, y lo más poderosamente decisivo en el consejo del Sr. Paredes, y no tanto, en mi juicio, por la parte política, sus combinaciones y conveniencias de familias, no, sino por el principio religioso que la señora creía altamente comprometido con los liberales, que según ella, ampliaban día por día los dominios de Satanás contra Dios y contra toda la corte celestial.

La señora, á quien por lo dicho, le llamaban los liberales Madame San Dizié, recordando al Judío errante, era centro de poderosísima acción, que se extendía en el corazón de las familias á lo más granado de nuestra sociedad.

Bandera y guía, consejero y símbolo de fe era *El Tiempo*, periódico semi-oficial, establecido para la propaganda de la monarquía y en el que escribían Alamán, Bonilla, Elguero y Tagle más visiblemente, pero en el que daban sus pinceladas Don José Dolores Ulíbarri, Aguilar y Marocho, Nájera y algunos otros.

Este periódico estaba elegantemente escrito, con doctrinas evidentemente retrógradas expuestas con todas las galas del bien decir, y con esa flexibilidad hipócrita que pone lo más santo de parapeto para conseguir los más indignos fines.

Se suponía amigo y protector de este complot al se-

ñor D. Salvador Bermúdez de Castro, Ministro de España, literato y poeta notable y hombre de grande atractivo por su porte y sus finezas en el trato social.

Paredes se había instalado en el Correo, que existía entonces en la calle de San Francisco, donde hoy existe el Palacio de Cristal. El grande edificio se dividía en dos grandes secciones: una, ocupada por las oficinas, la otra, habitación de los jefes, la fué á ocupar el Sr. Paredes con su familia, compuesta de la señora, tres niñas y frecuentemente el Sr. Dr. D. Luis Muñiz, casado con la hija mayor del general, persona en quien competía, la gracia la belleza y la bondad.

El Correo era lugar de cita de beatas, beatos, mayordomos de monjas, sacristanes, demandaderos, sobrinos devotos y pecadores arrepentidos, que se alistaban en las banderas de la fe para salvar sus almas, procurando el viaje á los apretados infiernos, de los enemigos.

La prensa, haciendo un esfuerzo supremo, combatía al poder, señalándose el *Monitor Republicano*, cuyo editor D. Vicente García Torres sostenía en todos los terrenos las doctrinas del periódico.

García Torres era natural del Estado de México, de una familia muy pobre. Vino á la Capital y tuvo un acomodo subalterno en la casa del Marqués de Vivanco. Marchó con sus favorecedores á Inglaterra, donde aprendió inglés y francés y contrajo matrimonio con una suiza, honrada y económica, que de sus ahorros formó una pequeña fortuna.

No sé bien, por qué conjunto de circunstancias, á su regreso á la República, se empeñó en hacer la edición de un tratado completo de diplomacia, publicación que algunos creyeron tan estéril é inoportuna como si se tratase del Korán.

Por una singularidad inexplicable, aquella publicación tuvo éxito asombroso entre matanceros (*sic*) y gente de escaleras, y de hay nació *El Estandarte*, *El Monitor* y otras publicaciones liberales.

García Torres, no sólo no tenía educación literaria, pero ni elemental perfecta!; sin embargo, tenía instintos generosos en favor del pueblo, y tuvo el tino de aconsejarse de Cardoso, Olaguíbel y Lafragua, comprometiéndose sin vacilación su persona y su fortuna.

Don Vicente no tenía vanidad alguna, confesaba su ignorancia y tributaba respeto á las personas de saber.

Valiente, buen jinete, arriesgado en los lances revolucionarios y sabiendo asumir la responsabilidad de sus actos, se hizo apreciable y conseguía se convirtieran en gracias sus salidas de hombre del pueblo.

Al *Monitor* se refugiaron para escribir en contra de Paredes, Iturbide D. Sabás, Juan Navarro, Alcaraz, Castillo Velasco, Torrescano, Revilla, Francisco Banuet y otros de menor importancia, entre los que tengo el honor de contarme.

El que escribía el artículo, lo firmaba y se disponía á sufrir las consecuencias.

García Torres fué llamado por el Sr. Paredes para

hacerle agrias reconvenciones por su periódico; pero D. Vicente, lejos de retractación y disculpa, echó en cara al Presidente su mal manejo, y ardió Troya. García Torres salió desterrado para Monterrey, dejando su familia y sus intereses en malísima posición; pero recomendándonos continuar en la lucha hasta el último cuadratín de la imprenta.

Aquella redacción ardía y se comunicaba con otras redacciones y confocos revolucionarios en continua agitación, porque es de advertir, que en el fondo, la política podía describirse con *el quitate tú para ponerme yo*, como se había repetido desde el famoso motín de la Acordada.

Ramírez y yo habíamos pensado y madurado el establecimiento de un periódico satírico.

Payno tenía una imprenta en compañía de D. Juan de la Granja, generosísimo español, amigo de México é introductor en la República del telégrafo que funcionó por primera vez en la calle de las Damas, núm. 9, esquina del Puente Quebrado.

Sedujimos á Payno, dejándole todo lo que fuese ventaja y lucro; invitamos á Vicente Segura á que nos acompañase, se adhirió á nosotros un pintor lleno de talento, y gracias á nosotros, y el día menos pensado, derramando chistes, alborotando conciencias, burlando masones y alarmando bribones, salió á luz *Don Simplicio*, esgrimiendo su látigo en busca de peligrosas aventuras.

Ramírez adoptó el seudónimo de Nigromante, Vi-

cente Segura el de Cantárida, y yo, primero, el de Zancadilla y después el D. Simplicio.

Me es preciso dar á conocer á Vicente Segura, por el papel importante que representó después en el bando conservador y por su muerte trágica.

Guapo chico era Vicente Segura, rechoncho y expedito, franco y campechano, muy valiente y sin presunción alguna como literato, no obstante tener talento despejado é instrucción, aunque desordenada, bastante notable.

Segura era liberal moderado; pero sean reminiscencias de educación, sea que en el personal del partido exaltado había verdaderos y capitales defectos, Segura odiaba á los puros y afrontaba disgustos particulares con mucha frecuencia.

Por otra parte, Segura había nacido y se había creado en un círculo cristiano timorato y apegado al sistema colonial, y esto, y la influencia de personas como Pesado, Carpio y Couto determinaron su cambio con la exaltación que vimos, porque en Vicente todo era pasión.

Don Simplicio tuvo una fortuna estupenda; el lugar que supo conquistarse fué en primera línea, y contribuyó no poco á su prestigio un incidente que pinta la época.

Como hemos dicho, el Sr. Paredes vivía en el Correo, y allí hacía su despacho.

En el Correo había un gran salón, de quince á veinte varas, con sillería corriente, y á la cabecera una pequeña mesa con su carpeta verde.

El salón se mal alumbraba al caer la noche, y sobre la mesita aparecía una botella, que tomó el nombre de cucharadas de Vanderlinden, jefe del Cuerpo Médico Militar, y cuyas cucharadas, según los maldicientes, recordaban más á Noé, que á Esculapio.

A las oraciones de la noche iban llegando uno á uno los jefes de la guarnición, los coroneles de los cuerpos, los asesores, los amigos íntimos del general.

El conjunto era de esos matones cabelludos, con el pescuezo hundido entre los hombros, ó bien despersonados rancheros, de piernas de paréntesis, y un dedo menos ó un brazo como arco de violín.

A cierta hora salía de las piezas interiores el general, con su gorrita de terciopelo bordada y emprendía conversación con sus amigos.

Por supuesto, que todos estos amigos llevaban su tiempo en el sombrero; suspiraban por el rey, y dejaban caer sus calumnias contra los pícaros demagogos.

El general se lamentaba de que ya no hubiese hombres; refería que en su tiempo llovían las palizas sobre los insolentes escritores, y aquello era una de delaciones de chismes y bravatas, sobre toda ponderación.

Ramírez y yo, habíamos compaginado una letrilla de circunstancias, cuyo coro decía:

Con bonete anda el soldado,
Y el clérigo con morrión.
La cruz y la espada unidas
Gobiernan á la Nación,
¡Que viva la bella unión!

Gran boga tuvieron estos versitos. Algún malqueriente provocó en la junta nocturna conversación, y se comprometió á dar á mi costa un buen rato á sus amigos.

A mí me llamaron de parte del señor Presidente; yo concurrí, y cuando volví la cara, estaba en medio de un círculo desconocido; con *Don Simplicio* al frente é instándome todos de la manera más provocativa é irónica á que leyese.

—Ya verá Ud., mi general. . . . el joven lee con garbo; va Ud. á ver.

Yo titubeaba. . . . no hallaba qué hacer.

—Cómo! ¿tiene Ud. miedo? dijo alguno. . . .

—Lea Ud., amigo, dijo imperativo el Sr. Paredes. . . .

Entonces yo, echando el pecho al agua, levanté la voz y acentuando bien la sátira, repetí, en medio de aquellos esbirros llenos de entorchados y de odio la libertad:

Con bonete anda el soldado, etc.

A medida que hablaba, los rostros se ponían más y más sombríos. . . . y le veía al Presidente ímpetus de arrebatarme el papel de la mano y cometer una tropeía. . . . en efecto, hubo un momento en que el prócer se disparó; pero yo, que lo esperaba. . . . me refugié en las piezas de la habitación del Sr. Paredes, donde su familia me llenó de atenciones y favores, empeñando para siempre mi gratitud.

Por ese tiempo, llamaron un tanto la atención en la prensa, el joven D. Agustín A. Franco y Lic. General D. Ignacio Sierra y Rosso.

El primero, era un joven, ornato de la juventud y joya de la moda. Hijo de un empleado subalterno del Estado de México; por su educación y virtudes se relacionó con la mejor sociedad, y proporcionó á Agustín esmerada educación.

Franco era arrogante mozo; de ojos negros lindísimos, pelo de azabache, fino y esmeradamente cuidado, una boca, que en su interior la hacía luminosa su dentadura blanquísima, y un conjunto verdaderamente artístico y escultural. Estas perfecciones que él conocía y cultivaba con soberbia, estaban contrabalanceadas y como obscurecidas con el defecto de la cojera, era cojo de una sola pierna, y una muleta, aunque la manejaba con destreza, perdía la figura; y le mortificaba al extremo.

Nimio y pulido en el tocador, Franco se cegaba con su belleza, y sacaba partido de su quietud forzada, estudiando asiduamente, y perfeccionando el inglés, el francés, el latín y el italiano, en que era sobresaliente.

La capacidad de Franco no era extraordinaria; pero él aspiraba en todo á los primeros lugares, sin cuidarse de creencias ni convicciones políticas, y yo creo que su alistamiento en el partido retrógado, fué debido á que no encontró asiento en la primera línea de los prohombres del partido liberal.

Enamorado, valiente y espléndido en sus gastos, sin

medios competentes para cubrirlos, se hizo redactor del *Diario del Gobierno*; embistió furioso contra los enemigos de las clases privilegiadas, y se preparó el camino á que fué llamado después.

Con motivo de haber publicado en su periódico la novela de Balzac, titulada *El Père Goriot*, se le quedó como apodo, Père Goriot, sin que tuviese, maldita la conexión, la novela de que hablamos, con la vida y circunstancias de Franco.

D. Ignacio Sierra y Rosso era otra cosa; jalapeño, festivo y *bon vivant*; colegial de mediano empuje; pero popular por lo servicial y buen chico, desde muy temprano se adhirió al general Santa-Anna, de quien era, como él decía, fanático adorador.

Grandes ojos, como una enorme papa la nariz, boca de amplia entrada y aguanosa, patilla de hilo negro con grandes claros, D. Ignacio se declaró el Homero de Santa-Anna é hizo de su lira una escala, con la que llegó á los más altos destinos.

Santa-Anna distinguía á su coplero, y le procuraba pingües colocaciones: ya como general del ejército en la artillería, ya en la Dirección General de Rentas, ya, por último, como Ministro de Hacienda.

En las solemnidades cívicas, en los banquetes, en los días de campo, el chatito Sierra se distinguía, y era el devoto más ferviente del general Santa-Anna. Decía en una octava: